



Busto del capitán general nacido en la localidad granadina de Loja.

24.106
Busto en hierro fundido en Trubio, del Excmo Sr. Teniente General Don Juan de Lara e Irujo y en Presta relevantes servicios durante los años 1833 al 1839. Llegó a ser Ministro, Senador y Capitán General de Castilla la Nueva, Ostentó las Grandes Cruces de San Fernando y San Hermenegildo. Nació en 1809 y murió en 1869.



Sala del Alcázar de Toledo dedicada a Isabel II y a su reinado, en el que uno de sus protagonistas fue Narváez. A la derecha, su hoja de servicios.



Detalle de la espada de representación de su jefe y rival Espartero.



Esta faja es uno de los objetos personales del lojeño que guarda el Museo del Ejército.



Este Calderote. Batalla de Villar de los Navarros. Zaragoza. 1837 refleja un lance favorable al carlismo en su lucha por derrocar a Isabel II.

Hélène Gicquel

Hélène Gicquel

Archivo General Militar de Segovia

Augusto Ferrer Dalmau



J. Cusachs. Libro El Palacio de Capitanía General de Barcelona. IGE.

Columna de infantería en marcha, obra de la serie de la batalla de Arlabán, en la que participó el isabelino.

[historia]

NARVÁEZ, EL ESPADÓN DE LOJA

El pasado 23 de abril se han cumplido 150 años de la muerte del destacado militar y político isabelino



Casaca del líder militar y político moderado. Banda de la gran cruz de la Real Orden de Carlos III que recibió por sus servicios.



LOS continuos conflictos que vivió España desde la primera década del siglo XIX y el relevante papel que en ellos tuvieron los miembros del Ejército acabaron por constituir una casta militar poderosa frente a un Estado débil y desprevenido ante los nuevos retos alumbrados con la Revolución Francesa.

Tras la Guerra de la Independencia (1808-1814) y restaurada la monarquía absoluta, el pronunciamiento militar se convirtió en el principal instrumento político para derrocar un poder enemigo acérrimo del liberalismo, apareciendo la figura del «espadón» como necesario taumaturgo de un proceso revolucionario que fue derivando hacia posturas cada vez más radicales.

Ramón María Narváez, nacido en Loja (Granada) en 1799, fue uno de los espadones que rigieron durante décadas los destinos de la España decimonónica. Murió el 23 de abril de 1868, óbito del que se acaban de cumplir 150 años.

Había ingresado en las Guardias de Infantería Valona con 15 años y alcanzó el grado de oficial durante el Trienio Liberal (1820-1823). Entonces se señaló en la defensa del orden constitucional frente a sus compañeros de la Guardia

Real sublevados en Madrid y luchando en Cataluña a las órdenes del general Espoz y Mina contra los realistas.

Restaurado Fernando VII como monarca absoluto gracias a la intervención de los *Cien Mil Hijos de San Luis*, Narváez cayó prisionero y fue internado en Francia, de donde regresó en 1824 para pasar a su villa natal con licencia indefinida. De ella saldría al iniciarse la primera de las guerras carlistas que se sucederían a lo largo de la centuria.

ISABELINO CONVENCIDO

Narváez defendió decididamente la causa de la reina Isabel II y se integró en el ejército liberal para combatir en el frente vasco, tomando parte en las batallas de Mendigorría (1835) y Arlabán (1836), donde recibió una herida de bala en la cabeza, y en el frente del bajo Aragón, dispersando a las fuerzas de Cabrera cerca de Morella. En 1838, por los merecimientos contraídos en la acción de Montejurra dos años antes, se le concedió una gran cruz de San Fernando.

Fue por entonces cuando su pensamiento liberal se distanció de los sectores más progresistas, cuyo líder, Baldomero Espartero, hacía méritos para erigirse en el hombre fuerte del gobierno isabelino.

Lugares para descubrir la figura del general

SIN duda, Narváez fue uno de los nombres propios del siglo XIX. Para quienes sientan el impulso de teclear «Ramón María Narváez, duque de Valencia» en *Google*, avanzamos que da unos 1.290 resultados.

Más allá de esta primera acción y con fines realmente indagatorios, cabe subrayar que los archivos General Militar de Segovia y de Madrid conservan fondos sobre el personaje. También hay pistas en el Catálogo colectivo de la red de bibliotecas de los archivos estatales, aquí la entrada «Ramón María Narváez» indica el título *Un dictador liberal: Narváez* (1953), de A. Revész. Sólo el apellido da algún resultado más.

GALDÓS Y SUS «EPISODIOS NACIONALES»

Entre ellos, figura una obra de Benito Pérez Galdós (1843-1920), a quien muchos consideran el mayor novelista español después de Cervantes y del que este año se cumple el 175 aniversario de su nacimiento. Representante de la novela realista española del siglo XIX, dedicó al lojeño un espacio propio en sus emblemáticos *Episodios Nacionales*.

De tan singular libro, hay varias ediciones, incluso quedan algunas primeras impresiones, como la que atesora la Biblioteca de la Academia de Artillería de Segovia en su fondo antiguo, por lo que sólo hay posibilidad de consultarlo en sala cumpliendo los requisitos pertinentes. Fue impreso en 1902, en el madrileño taller de la Viuda é Hijos de Tello. Su portada tiene el sello del centro y su página de créditos, el del propio Galdós. Tiene su referencia en la web de Defensa www.bibliodef.es.

En esa misma página, la búsqueda sencilla «Ramón María Narváez» en «todas las bibliotecas» reseña 17 resultados. Hay, por ejemplo, otra edición del *Narváez* de Galdós (1917), conservada en Ceuta. También aparece el libro de M. M. Salcedo *Ramón María Narváez* (1799-1868), de 2012. Sobre éste, J. Pérez firma una recensión que subtítulo *Biografía de un hombre de Estado. El desmontaje de la falsa leyenda del espadón de Loja* (www.historiaconstitucional.com).

La obra de Salcedo es una recomendación bibliográfica del Museo del Ejército, junto a la de J. Pabón, *Narváez y su época*, Espasa Calpe (1983). Su biblioteca, incluida en *bibliodef*, cuenta con tres artículos relativos al general: *De la noche de San Daniel al Cuartel de San Gil*, de G. G. Calleja, núm. 990 de la *Revista de Historia Militar*; *Narváez y*



Portada interior y grabado de la *Historia Militar y Política*, firmada por Narváez.

las crisis de Frías, que firma M. V. Martín en *Milicia y sociedad en la baja Andalucía*, y el artículo *Narváez y el duque de Ahumada*, de C. Seco e incluido en el número 1 de los *Cuadernos de la Guardia Civil*.

El Archivo del museo conserva el epistolario entre M. López Santaella y Narváez sobre su caída del Gobierno el 11 de febrero de 1846 debida, básicamente, a las diferencias dentro del Ejecutivo por la boda de la reina. Son 20 cartas fechadas ese año, el del enlace de la soberana con su primo Francisco de Asís, en detrimento, entre otros, del candidato del general, Francisco de Paula de las Dos Sicilias. A todo ello se suman diversos objetos guardados o expuestos en la sala dedicada al reinado de Isabel II.

UNA OBRA COETÁNEA

Otro apunte incluido en *bibliodef*, que figura asimismo en la Biblioteca Digital Hispánica (Biblioteca Nacional de España), es el *Paralelo entre la vida militar de Espartero y la de Narváez*, por J. Martínez, de 1851 e impreso en Madrid. La obra (<http://bdh.bne.es>) tiene 18 capítulos, completados por un prólogo y la *Conclusión del Paralelo*, página 310.

Desde el inicio, apunta una distancia abismal entre ambos «adversarios»: «He aquí —dice— dos nombres que braman de verse juntos y que andan reunidos de mucho tiempo a esta parte precisamente porque ellos se repelen entre sí». Aporta datos biográficos y profesionales de los dos,

En tal contexto, Narváez, que ya se perfilaba como paladín de los liberales moderados, fue elegido diputado por la provincia de Cádiz con más de la mitad de los votos. Al tiempo, Espartero, ahora rival político, anulaba su nombramiento como jefe de un proyectado ejército de reserva en Andalucía.

Además, mariscal de campo en 1838, Narváez se vio implicado en una trama golpista junto a su antiguo jefe, el general Fernández de Córdova. Dejaba así vía libre a las aspiraciones políticas de su oponente, regente desde 1840.

Instalado en París, donde se casó con la hija de un noble francés, el lojeño en-



Placa de una calle próxima al Congreso en Madrid.

cabezó la oposición contra Espartero, cuya conducta dictatorial y política librecambista no convencía ni a radicales ni a conservadores, hasta el punto de verse obligado a reprimir con las armas un levantamiento en Barcelona (1843).

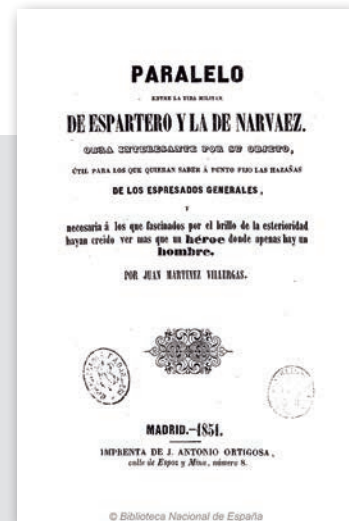
TRIUNFO SOBRE ESPARTERO

Ese mismo año, Narváez, aglutinando fuerzas moderadas y progresistas descontentas con el gobierno, desembarcó en Valencia, marchó sobre Madrid y derrotó al ejército del regente a las puertas de la capital, en Torrejón de Ardoz.

Eliminado su rival de la escena política y tras sufrir un atentado del que salió



Hélène Gicquel



Biblioteca Digital Hispánica

Trabajo de J. Martínez (1851). Sala del Museo del Ejército sobre el reinado de Isabel II.

y abre un paréntesis para dar cuenta del estallido de la primera Guerra Carlista. Con sólo echar un ojo al índice, se ve que Narváez no va a quedar bien parado, a lo que se suman algunas coplas y afirmaciones.

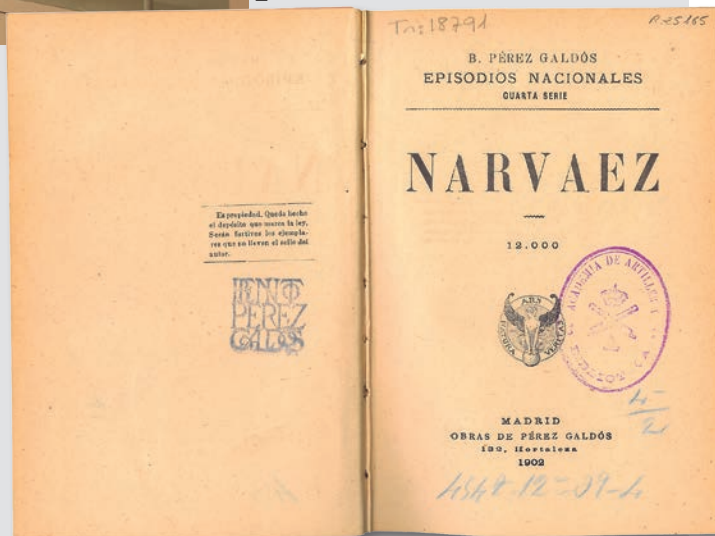
Y una referencia más de bibliodef. Como la anterior es del XIX, impresa dos años antes también en Madrid y se titula *Historia militar y política*. Está digitalizada en la Biblioteca Virtual de Defensa (<http://bibliotecavirtualdefensa.es>) y su autor es el propio Ramón María Narváez.

LA DIFÍCIL TAREA DEL CRONISTA

Pertenece a la Biblioteca Central Militar, indica su ficha, y se divide en dos libros. El primero suma 27 capítulos y el segundo casi alcanza la centena. Tiene dedicatoria, «Al Ejército español, como un tributo, debido a su valor y disciplina», introducción y prólogo.

Aquí subraya lo, «en extremo difícil, [que es] la misión del cronista que ha de relatar los hechos de una época cualquiera con fidelidad y exactitud», y concluye agradeciendo la ayuda recibida y «aguardando sumisos el fallo del público». A continuación, arranca el trabajo con unas *Noticias preliminares y descripción general de la época*, las primeras décadas del XIX, habla de la Constitución de 1812 y de Fernando VII, y, también del *Nacimiento, patria, familia y primera educación de Narváez*.

Esther P. Martínez



Academia de Artillería de Segovia

Libro de los *Episodios Nacionales* de Galdós dedicado al de Loja, edición de 1902.

ilesos, Narváez fue designado Capitán General de Castilla la Nueva y senador por la provincia de Cádiz, además de recibir por sus distinguidos servicios la gran cruz de la Orden de Carlos III.

Pero un gobierno formado por fuerzas políticas tan dispares no tenía visos de durar. Los moderados tomaron las riendas al alcanzar la reina su mayoría de edad y llamaron al general para dirigir el Gobierno (1844). Estuvo en el poder, con alguna interrupción, hasta 1851, y recibió el título de duque de Valencia con Grandeza de España.

Durante ese período, conocido como la «Década Moderada», éste trató de

Como jefe de Gobierno, buscó la paz y renovar el Estado, al que dotó de una administración centralizada

contemporizar con los opositores, carlistas y progresistas, a fin de pacificar y reorganizar el Estado, al que dotó de una administración centralizada.

Como garantía del orden público, controló férreamente a los militares, en cuyos cuarteles impidió cualquier injerencia externa, y creó la Guardia Civil (1844), mientras se llegaba a un acuerdo con la Santa Sede para restablecer las relaciones tras la conflictiva desamortización eclesiástica (Concordato de 1851).

La Constitución de 1845, proyectada sólo por la mayoría moderada, fue la norma fundamental hasta la revolución de 1868. En el texto magno, la soberanía

Sable y funda de capricho del jefe de Gobierno isabelino.



Retrato de cuerpo entero con uniforme de capitán general.



Hélène Gricquel

Vitrina sobre la Conjura de los trabucos contra Narváez.



Espolines que pertenecieron al destacado militar.

radicaba en la Cortes y el rey, el sufragio era censatario, la separación de poderes no estaba asegurada y algunas libertades, como la de prensa, quedaban bajo control del Ejecutivo. Pero los progresistas no habían dicho la última palabra.

CAMBIO DE RUMBO POLÍTICO

Alejado Narváez del poder desde 1851, se produjeron varios pronunciamientos, entre ellos los liderados por Leopoldo O'Donnell en Vicálvaro y Espartero en Zaragoza, que apartaron del poder a los moderados y dieron inicio al denominado «Bienio Progresista» (1854-1856).

El ex regente, la espada de la revolución, quiso dar continuidad al nuevo proyecto, pero su estrella declinaba ante otro espadón, el citado O'Donnell, que se adueñó de la situación con su centrista Unión Liberal.

Sin embargo, fue de nuevo Narváez el llamado a presidir tres gobiernos entre 1856 y su muerte en 1868, alternándose en el poder con O'Donnell, al que la reina consideraba más propicio para apaciguar los ánimos de la izquierda.

El régimen se fue desprestigiando y volviendo más reaccionario, sobre todo a partir de 1866, que quedó en manos de un único partido, el moderado. No obstante, Narváez hizo un último intento por mantener la situación. Buscó ganarse a Prim —nuevo espadón progresista— para normalizar la vida parlamentaria, pero los ánimos estaban ya muy encendidos.

La caída de los moderados y de la monarquía que les había favorecido no tardaría en llegar con otro pronunciamiento.

Tan sólo cinco meses después de la muerte del general Narváez, como si su mera presencia hubiera bastado para torcer el rumbo de los acontecimientos, los progresistas (Prim), los unionistas liberales (Serrano) y los partidarios del duque de Montpensier (Topete) desencadenaron la revolución de 1868, la *Gloriosa*, que abriría uno de los períodos más convulsos de la historia de España, el Sexenio Revolucionario (1868-1874).

DE LIBERAL A ULTRACONSERVADOR

El de Loja es considerado, en su papel de gobernante, como uno de los más capaces espadones de la etapa isabelina, tan sólo superado por Prim. Hombre de gran inteligencia y buenas intenciones,

Al de Loja se le valora como uno de los espadones isabelinos más capaces en su rol de gobernante

se le achaca un pronto iracundo, a veces irreflexivo, que deslucía sus indiscutibles dotes de gobierno.

Defensor del trono y de los principios liberales, buscó equilibrios imposibles y acabó adoptando actitudes autoritarias. La idea del liberalismo acuñada en sus años mozos tenía poco que ver con la práctica política de su última etapa.

Al inicio estaba convencido de que el ancho espectro liberal debía permanecer en una posición centrada, desconfiando de los extremismos de uno y otro sesgo, y seguro de que el orden era condición necesaria para la construcción nacional.

Sin embargo, fue perdiendo confianza en las tesis progresistas y, más tarde, desplazado por la Unión Liberal, el partido moderado que lideraba se deslizó hacia posiciones ultraconservadoras.

Y LA ALTERNANCIA FUNCIONÓ

Aun así, fue favorecido por Isabel II, quien difícilmente podía contentar al progresismo, ni tampoco éste a la clase dirigente del momento.

No eran tiempos para la moderación ni para el turno pacífico de las dos grandes tendencias políticas, una solución, por más que se tenga de inmadura y adulterada, que quizás pudo ser intuida por el espadón de la Loja y que después proporcionaría cierta estabilidad a España hasta bien entrado el siglo XX.

Germán Segura García
Fotos: Museo del Ejército